
CAPITULO XII.

De la penitencia que impuso el Cid al alcaide de sus escuderos por haberse ido con cuentos, á donde no debió haber ido con ellos.

Los soldados que consigo tenia bajo su mando D. Pero Nuñez de Lara, como buenos castellanos no conocian el miedo y se perecian por las empresas arriesgadas.

Los impulsaba, además, la codicia.

Las tierras que se tomaban á los moros se repartian entre los soldados que las habian conquistado, de tal manera, que la mayor parte de ellos que eran siervos de la gleba, arrancados de su terruño, se encontraban despues de una sucesion de batallas en que se habia conquistado una gran parte del territorio al enemigo, con hacienda poca ó mucha, ennoblecidos y rescatados.

De aquí, que durante la Edad Media se ennobleciesen todos los españoles.

Cuando don Pero Nuñez de Lara reunió en consejo á los cabos de la hueste que tenia á sus órdenes, y les manifestó que estaba resuelto á acometer la Puebla de Alfagor, en la seguridad de que cuando la Puebla se rindiese se rendiria el castillo, todos aquellos hidalgos se entusiasmaron y aprobaron el pensamiento de su capitán.

Aunque la villa estaba en una eminencia, su acceso era infinitamente más fácil que el del castillo.

Asimismo, las defensas de la villa eran infinitamente ménos fuertes que las de la fortaleza.

El consejo tuvo lugar á la caída de la tarde.

Aprobado el propósito de D. Pero Nuñez de Lara, por el consejo de guerra, se levantaron como ya hemos dicho las tiendas, se reunió todo el campo, que llegaba hasta cuatro mil hombres, ginetes y peones, se dispusiesen las escalas de asalto, se hizo un hábil movimiento para rebasar el castillo, se batió en un rápido combate á los soldados moros que del castillo salieron para impedir aquel movimiento, y la hueste castellana cayó como una avalancha sobre el valle.

Trepó por la suave vertiente de la colina en

que se asentaba la Puebla de Alfagor, y la embistió por la parte del Norte.

Don Pero Nuñez había pensado cojer á los de Alfagor, no tan prevenidos como era necesario lo estuviesen, para resistir la embestida.

Pero se engañó.

El Kadí Adbel-Dihrar, y el tremendo sacristan Muzay-ben-Koixa-el-Ferax, hombre que en la villa tenía una gran influencia por sus hercúleas fuerzas, su reconocido valor, y sus buenos talentos militares, habían sido avisados por corredores del castillo, que habían sido enviados muy á tiempo.

Los pobladores de la villa coronaban los muros y las torres, y por más que embistió una y otra vez con el frenesí de la desesperacion del amor Don Pero Nuñez de Lara, no obtuvo otro resultado sino ser rechazado una y otra vez hasta el punto de que su gente se quebrantó, se desanimó y empezó á cundir entre ella el pánico.

Allá á la media noche, como los moros de Alfagor hiciesen una vigorosa salida, la hueste castellana se dispersó, y se puso en fuga yendo á acojerse al campo más inmediato castellano que sitiaba á otra de las fortalezas de la frontera.

Recogieronlos allí, y Alvar Fañez, que mandaba aquel campo, puesto sobre el castillo de

Almondir, uno de los más avanzados á Madrid, sabedor por los fugitivos de lo que había sucedido, prendió á Don Pero Nuñez y le envió á buen recaudo al Cid Campeador.

—¿Con qué orden,—le dijo el Cid,—habeis abandonado el cerco del castillo de Alfagor y os habeis ido sobre la villa? ¿No os había mandado yo que allí permaneciéseis hasta que se os mandase otra cosa?

Alegó Don Pero Nuñez, que él había creido le sería fácil apoderarse de la villa, y que por lo mismo se había atrevido á acometerla.

—Pues visto,—exclamó el Cid,—que vos os habeis atrevido á hacer lo que se os ha puesto en la cabeza, de lo cual ha resultado el vencimiento de la hueste que acaudillábais con una gran mortandad y un grandísimo perjuicio del nombre castellano y del rey, veo que yo me atrevo á enforaros despues de quitaros por propia mano la orden de caballería que se os dió, porque necesario es se escarmiente á todos los capitanes que mandan hueste, á fin de que no hagan otra cosa que aquella que se les mandare, y así ha de ser que mañana os saco yo á la plaza con verdugo, y pregonero y allí os enforco por el pescuezo hasta que murais.

Se lo llevaron á una torre, le cargaron de ca-

denas y encerraron con él á un fraile para que le preparase á bien morir.

Entretanto el Cid habia avisado á todos los capitanes de la hueste para que fuesen á su posada y le acompañasen á la prision de Don Pero Nuñez á fin de exonerarle de la órden de caballería y de todas las exenciones y preeminencias de hijo-dalgo, para que pudiese ahorcársele como villano y traidor y mal servidor del rey.

El Cid no habia guardado secreto alguno acerca de nada de esto.

Así es que todo lo supo desde el principio el alcaide de sus escuderos, aquel Pero Cantueso de la Redondela que hemos encontrado, alcaide del castillo de Alfagor entrando por fuerza de armas en la Puebla, conociendo en ella á Giazul y de ella enamorándose hasta volverse loco.

Ahora bien, el alcaide Pero Cantueso era uno de los primeros servidores del Cid, su más querido por la lealtad con que le servia, y estimadísimo de él, en cuanto á su valor, que llegaba hasta la ferocidad.

Tenia Pero Cantueso de la Redondela una hija moza de una peregrina hermosura, y como Pero Cantueso de la Redondela hubiese de partir para ir á la guerra con el Cid su señor, habia tenido que dejarse á su hija doña Elvira,

recogida en la real abadía de las Huelgas de Búrgos, y el pobre padre, que amaba entrañablemente á su hermosa hija, sufría en su ausencia y andaba triste.

Como doña Constanza de Borgoña, esposa de Alfonso VI, hubiese querido acompañar al rey á la conquista de Toledo, que aquellas reinas tambien solian ir en los ejércitos; Pero Cantueso de la Redondela, aprovechando la ocasion, dijo al Cid un dia en que le encontró de buen humor:

—Magnífico y excelente señor, yo seria muy feliz si todos los dias viese en los reales á mi buena hija privado de cuya vista yo sufro y estoy triste, y me muero, que es mucho lo que yo á mi hija amo.

—¿Y cómo quereis, mi buen Pero Cantueso, —le contestó afablemente el Cid,—que la hermosa doña Elvira se venga á los reales? ¿Habremos de echarla encima un arnés y hacerla empuñar una lanza?

—Sin eso,—dijo Pero Cantueso,—meninas tiene en su cámara la señora reina, y bien podia tener una más viniendo mi hija.

—Alto y sus,—dijo el Cid,—que yo no me habia acordado de eso: tomad diez de mis escuderos; idos á las Huelgas de Búrgos por vues-

tra hermosa hija y traedla, y cuando llegue, yo haré que la reina la reciba en las palmas de las manos.

Tomó sus diez escuderos Pero Cantueso y se fué muy contento á las Huelgas de Búrgos en busca de su hija, y el Cid no tuvo necesidad de decir á la reina que él se alegraría mucho de que recibiese en su cámara como menina á la hermosísima doña Elvira.

Bastaba con que el Cid expresase el más leve deseo suyo al rey ó á la reina, para que éstos se apresurasen á complacerle.

Llegó, en fin, doña Elvira, y la reina la recibió con grande agasajo y cariño, y como doña Elvira estaba en sus diez y siete años, y era hermosa y gentil, y honesta y virtuosa, y de buen ingenio, aficionóse á ella la reina, y muy pronto doña Elvira fué su menina favorita.

La reina, sin dejar de ser honestísima, era una señora galante, amiga de fiestas y saraos, como buena francesa, y á sus fiestas llamaba á los caballeros más renombrados ó más gentiles de la hueste.

Danzaban damas y meninas con jóvenes caballeros, pero sin que en lo más mínimo se faltase al decoro, y sin que meninas y damas deja-

sen de estar rígidamente guardadas por las dueñas de la reina.

Conoció en estas fiestas doña Elvira á Pero Nuñez de Lara, y enamoróse de él.

Pero D. Pero Nuñez no sólo no la sacó nunca á bailar, sino que ni aún la habló.

Ni aún parecía haber reparado en ella.

Pasó así el tiempo.

Sobrevino aquella loca aventura de D. Pero Nuñez, en que danzaron el rey y el Cid.

Se envió á Pero Nuñez á poner cerco al castillo de Alfagor, y doña Elvira continuó enamorada de él, sufriendo en silencio la tiranía de aquel amor, guardado en su corazón bajo el más profundo secreto.

Doña Elvira enflaquecía y se ponía pálida.

Su padre, cuidadoso, sospechando que mal de amores era el que de tal manera arruinaba á su hija, la comprimió de tal modo, que al fin doña Elvira, desecha en lágrimas, confesó á su padre lo enamorada y lo desesperada que estaba por Pero Nuñez.

Puede calcularse hasta qué punto se atosigaría el bueno de Pero Cantueso de la Redondela cuando despues del temerario disparate de D. Pero Nuñez, acometiendo la Puebla de Alfagor el Cid le sentenciaba á morir ahorcado.

Muy poco le hubiera importado á Pero Cantueso de la Redondela, que tenia el corazon duro, y que encontraba muy justo que á un capitán vencido por imprudente se le ahorcase, y más habiendo contravenido las órdenes de su caudillo, si no hubieran mediado los amores mortales de doña Elvira por el sentenciado.

Representóse á su hija muerta de desesperacion y de horror.

Se le abrieron las carnes y se le deshicieron las entrañas al bueno de Pero Cantueso de la Redondela, y sin detenerse un momento partió á la casa del rey, se metió en el cuarto de la reina, que le estimaba mucho por cuanto estimaba á su hija, y la reveló lo enomorada que estaba del pobre mozo á quien iban á ahorcar al día siguiente.

La manifestó que la muerte de D. Pero Nuñez seria la muerte de su hija, y pidió poco ménos que llorando á la reina intercediese con el Cid para que perdonase á D. Pero Nuñez, teniendo en cuenta que lo que habia hecho no habia sido otra cosa que un despropósito de mozo, arrastrado por su buena y valiente sangre.

Callóselo medio cielo encima á la reina al saber aquella desdicha, y entróla miedo de que su intercesion fuera inútil para con el Cid, y

aún la del mismo rey, porque el Cid era muy severo en lo tocante á la disciplina, y á más de esto, palabra que él daba ó determinacion que él tomaba, no la volvía atrás por nada del mundo.

Pero la reina doña Constanza tenia muy buen corazon, y además de esto mediaba el grande amor que tenia á doña Elvira.

Llamóla delante de su padre y preguntóla, y doña Elvira toda ruborosa confesó que sí, que amaba á D. Pero Nuñez con toda su alma, y que sí D. Pero Nuñez era ahorcado, ella no lo podria resistir y se moriría.

Todo esto lo dijo doña Elvira con muchas lágrimas, y como quien agoniza.

Acabaron de ablandársele las entrañas á doña Constanza, y asiendo de la mano á doña Elvira y llevando en pos de sí al desolado padre, á ver al rey fuese.

Alfonso VI era enamorado como un diablo, y aunque le importaba muy poco ahorcasen á un caballero, ó á ciento que hubiesen dado lugar á ello, porque no era ménos rígido que su altivo vasallo el Cid, las lágrimas, los desmayos de doña Elvira, y las súplicas de la reina, el ánsia con que le miraba aunque mudo, el bravo

escudero Pero Cantueso de la Redondela, hicieron que al fin dijese:

—Quedaos aquí, señora, y vos también, doña Elvira, y vos, mi buen Pero Cantueso de la Redondela, y tened en cuenta que en batalla somos, porque al Cid voy á llamar al momento, y contra él hemos de pelear todos juntos, sin que yo me atreva á deciros si triunfaremos ó no.

El Cid fué llamado.

Acudió al momento.

Fronció el bravío entrecejo, al ver ante sí al rey y á la reina, á doña Elvira y á Pero Cantueso de la Redondela, y preguntó no con mucha mesura que digamos, á qué propósito se le llamaba y se le recibía de tan extraña manera.

Habló el rey, y apenas hubo nombrado á D. Pero Nuñez, el Cid dijo interrumpiéndole:

—De ahí no se pasa, que si D. Pero Nuñez tuviese siete pescuezos, de siete dogales le haría colgar: y esto ha de ser porque es justicia, y si justicia no se hiciere, el Cid verá que aquí está demás porque allí donde la justicia no resplandece, él no puede estar, ni hay poder humano que donde él no deba estar le tenga.

No hay nada más valiente que una mujer, y tanto más cuanto esta mujer está enamorada y desesperada y loca.

Arrójose al Cid doña Elvira, y asida á su cintura, medio caída, medio arrodillada, levantada hácia él la cabeza, pálida y demudado el semblante, y los hermosos ojos llenos de lágrimas, gritó con la voz espantada, desentonada:

—Por vuestra doña Jimena, y por vuestras hijas, señor, que Dios las libre de desventuras, tened compasion de mí, no le mateis: porque si le matais me matareis á mí, y yo no os he hecho ningun mal. No le matais, señor, y yo iré á meterme en un convento y allí rogaré á Dios por vos, y por los vuestros miéntras me durare la vida.

Acordóse el Cid de sus desventuras amorosas por su doña Jimena, y de los negros tártagos que el amor le había hecho pasar, condolióse de la hermosa doncella, desprendióse de sus brazos dulcemente, y dijo con la voz sorda y enojada:

—Si Dios no hubiera criado á la mujer, hubiera hecho un gran beneficio al hombre: para combatirme hasta con el mismo infierno me ha hecho á mí Dios; pero confieso que me dan más miedo las lágrimas de una mujer que todas las lanzas de toda la morisma del mundo.

Alentados doña Elvira y la reina por este primer paso atrás del bravo Cid campeador, cargaron sobre él.

Entró de reserva el rey, y el mismo Pero Cantueso de la Redondela se atrevió á agarrar una mano del Cid, á arrodillarse y besar aquella mano que por sorpresa le habia cogido.

—¡Vive Dios!—exclamó el Cid volviéndose á su escudero;—que vos sois la causa de este tumulto que sobre mí se viene, y yo no sé cómo no lo echo á rodar todo y á vos os enforco tambien, que no os tengo yo en mi casa para que vos vayais á ninguna parte con el mensaje de lo que en ella veis.

—Haced de mí, señor, lo que mejor os plazca,—dijo el buen Pero Cantueso de la Redondela;—pero acordaos de que yo era el alcaide de vuestros escuderos cuando matáisteis al conde Lozano en la cruz del bosque de Gormaz, por la injuria que á vuestro noble padre hizo; acordaos de que cuando el rey os desterró, yo con vos y los trescientos os seguí á la frontera; acordaos, señor, de que mi vida y mi alma han sido vuestras, y no querais dejarme sin lo último que en el mundo me queda; que si ese hombre muere, tan loca de amores está por él mi hija, que moriría la desventurada.

—Memorias me habeis traído,—dijo el Cid,—que pudiérais haber dejado allá en lo que pasó. Desesperado estais y lo que decís no sabeis: á D.

Gomez me nombrais y á mi padre: no quiero tomároslo en cuenta bueno para vos habeis de encontrarme siempre, pero tal es la culpa de ese D. Pero Nuñez de Lara, que no puede quedar, ya que no con castigo, sin penitencia; y, pues, que vos habeis sido quien á los reyes mis señores habeis venido con el cuento, y pues que vos decís que no quereis que vuestra hija muera de desesperacion de amores, Pero Cantueso de la Redondela, la penitencia de la culpa de D. Pero Nuñez de Lara vos habeis de pagarla; esto es, si el rey perdona á ese loco temerario que en nombre del rey mi señor le he sentenciado yo, y sin el perdon del rey mi señor no puede dejar de cumplirse la sentencia.

—Perdonado sea,—dijo el rey— y acabemos con esto, que no quiero más lágrimas.

—Mal ejemplo damos,—dijo el Cid,—por la primera vez de mi vida atrás me vuelvo. Sea, y repito que mal haya la primera mujer que Dios ha echado al mundo, con perdon de la Santa Virgen María y de mi señora la reina y de mi doña Jimena, sea dicho. Pero por Santiago y por San Lorenzo, patrones de Castilla, Pero Cantueso de la Redondela que vos habeis de pagar las costas: á sacar voy de sus prisiones á ese desatentado y á entregároslo, Pero Cantueso de

la Redondela; y vos con él y con trescientos de á caballo, habeis de iros esta misma noche al castillo de Alfagor, y si dentro de ocho dias no hubiéreis enviado al rey mi señor las llaves de la fortaleza, no volvais, Pero Cantueso de la Redondela, que no vuelva D. Pero Nuñez de Lara porque no tendré para vosotros misericordia, y habia de perdonaros el rey, y yo por mi misma mano os mataria, aunque tuviera que buscaros en el centro de la tierra y aunque se enojase el rey mi señor, que puesto que yo una vez mi palabra anulo y rompo, no ha de ser sin condiciones que satisfagan á todo el mundo. Y con esto beso las manos á mis señores el rey y la reina y vos Pero Cantueso de la Redondela veníos conmigo.

Iba el Cid echando chirivitas, y por otra parte, en el fondo de su corazon contento, porque la misericordia y el perdon tienen una dulzara celeste para el que los practica.

Juntó el Cid á sus trescientos viejos veteranos en el patio de su casa, y díjoles:

—Hidalgos, ya hace años que juntos andamos por estas tierras de moros, y no parece sino que Dios nos ampara, porque con vosotros me partí de Gormaz aquella funesta noche en que maté al injuriador de mi honra, que ya el dolor de

recordarlo me ha hecho sufrir no há mucho y de ello hablar puedo, y no parece sino que hemos tenido sobre nosotros el amparo de Dios, que aunque cosas hemos hecho que tendrán eterna memoria y hemos probado bien á lo que sabe el hierro enemigo, vivos estamos todos, y aventajados y ricos y honrados por todo el mundo.

Deshiciéronse los escuderos del Cid en protestas vivas de amor hácia él, y D. Ruiz Diaz continuó:

—A daros voy el contento, hidalgos, de decir que á un nuevo empeño de honra os envié; con vuestro alcaide Pero Cantueso de la Redondela os vais y otrosí con D. Pero Nuñez, que podrá ser temerario, pero al que nadie puede tachar de flojo ni de tardo, ni de manco ni de asustadizo, y sobre la fortaleza de Alfagor os vais y ántes de ocho dias habreis de enviarme sus llaves para que yo las ponga á los piés del rey nuestro señor, ó de no, no volvais á aparecer delante de mí. Y con esto basta, y á caballo, escuderos.

Aclamaron sus escuderos al Cid, le besaron las manos contentísimos, porque los empleaba en una empresa de monta, y se fueron á encubertar sus caballos y á armarse.

Entretanto el Cid sacaba de su prision á D

Pero Nuñez de Lara, le apretaba bien las clavijas, y le conminaba con un tremendo castigo, si nó lavaba á fuerza de valor y de heroísmo, la mancha que sobre sí habia echado mostrándose inobediente y rebelde á la autoridad de su caudillo, y donde el mal ejemplo de hacer por sí y ante sí lo que mejor en mientes le habia venido y que habia tenido tan mal resultado.

Y no le dijo que le perdonaba por el amor de D.^a Elvira, porque parecióle al Cid que aquello hubiera sido descender al oficio cicatero de dueña correveidile y acomodadora de voluntades.

De modo, que como no sabia la causa de su perdon, D. Pero Nuñez era todo confusiones.

Y como la reina alguna vez le habia tratado con familiaridad y él era mozo y favorecido de las damas, le pasó por las mientes que aquello podia ser cosa de la reina, y alegróse, no embargante el encendido amor que por Giazul habia sentido, que por enamorado que esté un hombre no deja de aprovechar las buenas ocasiones que se le vienen á las manos.

Afortunadamente el Cid no pudo leer en el pensamiento de D. Pero Nuñez, que si á conocerle llegara no hay para él remedio, que allí mismo le raja de un fendiente; ¡como que no ha-

bia más sino que el Cid supiese que habia un hombre que se atrevia á poner en desdoro del rey y de la reina, en su señoría la reina su torpe pensamiento!

No hubiera podido sufrirlo, que el Cid con todo su mal génio y toda su insoportable altivez, era el caballero de los caballeros, temeroso de Dios y guardador no sólo de la honra propia sino tambien de la honra agena, y tanto más tratándose de la honra del rey y de la reina sus señoras.

Era en una palabra el héroe sin miedo y sin tacha, el acrisolado en las virtudes, el hombre maravilloso.

Despidió á D. Pero Nuñez, y aquella misma noche éste y Pero Cantueso de la Redendela y los trescientos escuderos bien armados y apercebidos, partieron hácia la montaña en demanda del castillo de Alfagor.

Caminaron toda la noche sin descansar y á gran paso.

Pero Cantueso de la Rendodela se habia provisto de algunos barriles llenos de alquitran, estopas y materias inflamables que llevaba en algunas acémilas.

Item más, se habia provisto de un mediano ariete.

Al rayar el alba, el pequeño ejército hizo al-

to entre unas solitarias y asperísimas quebraduras.

—Aquí hemos de estarnos hasta que la tarde caiga,—dijo Pero Cantueso de la Redondela.— A la media noche habremos llegado al castillo, y si Dios nos ayuda, la nueva aurora ha de mostrar sobre las almenas de la torre del homenaje de Alfagor, la enseña del rey nuestro señor D. Alfonso IV.

Comieron aquel día de lo que llevaban en las acémilas, y al caer la tarde se emprendió de nuevo la marcha en demanda del castillo.

CAPITULO XIII.

De cómo cumplieron su penitencia
D. Pero Nuñez y Pero Cantueso de la Redondela, y lo contentos que quedaron de ellos
el rey y el Cid.

Era tan mirado como el Cid, Pero Cantueso de la Redondela.

No dijo á D. Pero Nuñez que los amores que su hija por él sentia habian sido la causa de que el Cid le perdonase.

Pero como D. Pero Nuñez se empeñase en saber á quién debia su perdon, Pero Cantueso de la Redondela por salir del paso, le dijo que á su señoría la reina se le habia hecho fuerte que por una locura hija del valor se matase infamándole á un buen caballero; que la reina ha-